

Maureez Samson

Desde siempre escuchaba el sonido del mar en los rompientes. En Baie Malgache las olas vienen muy seguidas, se estiran por encima de los guijarros negros tan cerca unas de otras que forman un único fragor suave, sin respiración, el sonido de un motor. Como el motor de la piragua de su padre, ahora lo recuerda, aunque hace años que dejó de oírlo. En el morro de la piragua Tomy Samson había escrito el nombre de su hija con letras gruesas y rojas, MAUREEN, y la última N se había corrido formando algo parecido a una Z. Así que se quedó con ese nombre para su hija, le parecía mucho más bonito. Y Maureen se llamó Maureez para siempre. A los niños les hacía gracia eso de Maureez.

—*Ki kot? To été Moris bolom?*^[1]

Pero no era motivo de vergüenza, antes bien, recuerda que se erguía cuan bajita era y se quedaba mirándolos fijamente.

—*Mo papa finn allé pa'tout, pa'tout pays Moris ça la même.*^[2]

Hasta que un día, su padre no volvió de pescar.

Maureez lo esperó en la orilla, al viento, día tras día, y hasta por la noche, hasta que Lola le dijo:

—*Ça sifi comme ça, rentré, pas resté dihors ki espère?*^[3]

Maureez se negaba, pero no le quedó más remedio que obedecer y pegarse a la pared cuando estaba en la cama para no oír roncar a Lola como si no hubiese pasado nada, todo normal,

todo bien, vamos. Después, ya nada fue como antes. Lola se volvió mala, pegaba a Maureez por cualquier cosa. Se juntó con otro hombre, Zak, un zángano que se pasaba el rato bebiendo, espatarrado en el sofá viejo del porche, mirando el mar. Maureez no había conocido a su madre, murió al poco de nacer ella, y Tomy Samson no volvió a casarse, aunque eligió a esa mujer, Lola Paten, y Maureez la aborreció desde que supo lo que significaba odiar, porque Lola le hablaba con dureza, le pellizcaba el brazo, la obligaba a lavar toda la ropa de la casa, incluso cuando Maureez tenía que ir al colegio. Así que, cuando Tomy Samson no regresó de pescar, la vida en casa se volvió insufrible. Lola se marchaba para ir a trabajar a un hotel, en Port Mathurin, y mientras estaba fuera Zak se bebía su cerveza y miraba de forma muy rara a Maureez, que no tardó en darse cuenta del peligro, cuando una tarde la agarró por el brazo y se pegó a ella farfullando palabras asquerosas, palabras incomprensibles.

—*Vini, nous faire un ti ballet, un ballet à quat'z'yeux!*[4]

¿Cómo se le podían decir semejantes cosas a una niña? ¿Qué era eso del *ballet*? Maureez se zafó, salió de casa corriendo y se escondió entre las rocas. Por la noche, cuando Lola volvió, Maureez no contó nada porque sabía que Zak diría que eran sivergonzoneras, que había sido ella la que había intentado seducirlo, restregándose contra él y atrayéndolo a la cama. Se acostó sin cenar y se hizo un ovillo en la cama, con la cabeza apoyada en la pared, escuchando los ronquidos de Lola.

Después de aquello, las cosas se complicaron. Por las mañanas, cuando Lola salía a trabajar, Maureez también se iba, con los libros y cuadernos en la mochila, como si fuese al colegio, pero cogía el camino más largo y andaba por ahí. Fue entonces cuando Maureez empezó a engordar, quizá pensando que así a Zak se le

quitarían las ganas de tocarla. Tuvo que cortar las perneras de los vaqueros y dar de sí la camiseta, y aun así la ropa le seguía quedando corta y estrecha. Las demás niñas del colegio se burlaban de ella, cuando se las cruzaba le gritaban «Fatsó» o «Gros tas»,^[5] y aunque se moría de rabia por dentro, no respondía nada. Entonces decidió que el colegio se había acabado para ella. No se lo contó a nadie, tomó la decisión por su cuenta. Por las mañanas madrugaba, se lavaba la ropa en el barreño de cinc, metía un poco de arroz y brèdes^[6] en un paño, al fondo de la cartera, como si fuera al colegio, en el pueblo. Pero en cuanto Lola desaparecía, daba media vuelta y echaba a correr entre la maleza, hacia las alturas, lejos de la ciudad.

Si había algo que Maureez conocía eran las piedras. Se conocía cada roca de Baie Malgache, cada canto rodado, cada color, cada textura, las que eran negras, blanco pálido, estriadas con rayas rojas, moteadas, gris azulado, verde oscuro, todas las formas de las piedras, las redondas que ruedan como bolas, las puntiagudas, las horadadas de agujeros oxidados. Desde que era muy pequeña, Tomy y ella iban por la mañana a andar por la playa para buscar buenas piedras.

Cuando las levantaba, veía cómo salían huyendo todos los animalitos, los cangrejos transparentes, las escolopendras y también unos insectitos negros que se zambullen en los charcos. Elegía para su padre una hermosa piedra pesada, lisa, bien redonda, que serviría de lastre para las redes. A Maureez le gustaba el olor del mar, es fuerte, ácido, da tos, pero es un olor familiar, que reconforta. El tronar del oleaje en la barrera, a lo lejos, vibraba hasta la playa. A veces empezaba a llover de golpe, sin venir a cuento, una lluvia fría que pica en la cara y en las

piernas, pero no necesitaba resguardarse, se quedaba junto a su padre, miraba cómo le resbalaba el agua por la cara, a lo largo de las arrugas como torrenteras, cómo se le prendía en el pelo. Gracias a la lluvia Maureez vio por primera vez que tenía canas, unos hilillos plateados que brillaban en la mata de pelo crespo. Tomy no era viejo, pero ya tenía esos hilillos plateados, y cuando ella se lo dijo, él se echó a reír. Dijo, lo recordaba muy bien:

—*Blanc fin 'sorti mo sivi!*

«¡Los blancos me han asomado por el pelo!». Ella, Maureez, tiene el mismo pelo que él, una pelambarrera de rizos muy prietos que le forma una maraña en la cabeza, por mucho que se empeñe, no hay forma de domarla. En el colegio, la maestra le había dicho:

—No queda bonito, tienes que hacerte trenzas.

Pero su padre no quiso, enunció su ley, ¡la familia Samson no es de blancos, es de mozambiques, no tiene por qué esconder el pelo, no tiene por qué hacerse trenzas!

Maureez no entendió lo de mozambique, pero le gustó. Cuando iba a la playa, o a la montaña, el viento le sacudía el pelo y le azotaba la cara, la lluvia se le metía en los ojos. Estaba orgullosa de su padre, no necesitaba a nadie, por eso Lola Paten la aborrecía aún más. Estaba celosa. Desde que Maureez era muy pequeña, Tomy se la llevaba todos los días en la piragua, por la tarde, después de pescar, o los domingos por la mañana, la bonita piragua blanca en la que había escrito con un pincel y pintura roja el nombre de su hija, e iban hasta el final de la laguna, hacia los islotes del atolón.

Eran momentos de bienaventuranza; más tarde Maureez recordaría todas y cada una de esas excursiones, que eran dulces e intensas como una luz que deslumbra, largas y lentas, el sonido

del motor y de las olas rompiendo al acercarse a los arrecifes, y luego, en mar abierto, cuando Tomy izaba la verga oblicua, el restallido del viento en la vela, el resbalar sedoso de la estela, los gritos de las aves.

En Île aux Fous hay tantas que sonaban como miles de canicas de metal rodando, un bramido de miles de gargantas, y los clamores de los recién nacidos en las rocas negras, y los prolongados lamentos de los albatros que roban polluelos. Maureez se escurría hasta la proa y se sentaba en la pértiga que había apoyada en la borda, los ojos le lloraban con el viento, el pelo y la ropa se le impregnaban de agua salada, las manos y el empeine de los pies se le quemaban con el sol. El agua era profunda, de un azul casi negro, el cielo palidecía hacia el crepúsculo. Cerrando los ojos se imaginaba que la piragua se iba de veras, llevándoselos a ambos al otro lado del mar, lejos de todo, lejos de casa, lejos de las jeremiadas de Lola, la piragua los conducía a una isla magnífica donde vivirían los dos para siempre, una isla llena de perfumes y de colores, donde solo tendrían que ser felices, dormir y soñar.

Por aquella época fue cuando Maureez se inventó a su amiga Bella, para tener a alguien con quien hablar, ya que su padre se había ido y ya no le importaba a nadie. Ya que las niñas del colegio le tiraban huesos de fruta cuando la veían y le gritaban malas palabras. Cuando iba a la montaña, por donde La Ferme, más arriba de Baie Malgache, buscaba un escondrijo para resguardarse del viento y a veces de la lluvia. Se hacía un ovillo en el hueco de una roca, con la cabeza apoyada en la mochila de colegiala y esperaba a que llegase Bella. Al principio no la veía bien, era solo una presencia, como una onda de calor que le llenaba el vientre y los pulmones, cerraba los ojos y sobre el

fondo rojo de las retinas veía aparecer una silueta luminosa, blanca y salpicada de motas de oro, y era una forma que se movía, como un reflejo en el agua, como una nube en el cielo. Luego, cuando se acostumbró, vio que esa forma no tenía rostro sino tan solo ojos, unos ojos grandes abiertos de par en par, y era en lo hondo de esos ojos donde brillaban las pizcas de oro. Era una mirada muy dulce y muy intensa, Maureez sentía un escalofrío en la piel, como si con esa mirada le pasara por encima un hálito, le erizaba todos los pelillos de los brazos, de los hombros y de las piernas. Poco a poco fue aceptando esa mirada, esa silueta, le puso nombre, el nombre de Bella, porque era un ser de maravillosa belleza al que solo ella podía ver, un ser que venía de otro lugar, de la otra punta de la tierra para prestarle ayuda. Empezó a hablarle en voz baja, cada vez, en voz baja o incluso sin hacer ruido, como se le habla a una amiga, para contarle su vida, para recordar a su padre, la piragua, los tiempos en los que todo resultaba fácil. Bella en realidad no contestaba, pero Maureez oía sus respuestas, oía las palabras que estaba esperando, palabras que le daban ánimos, palabras de amor, palabras para ella sola. Era como una canción, una canción que se entona en lo hondo de la garganta, una canción que gira y vuelve a empezar, un murmullo del mar a lo lejos, del viento en los arbustos espinosos, en las ramas de las casuarinas, un rumor de gotas de lluvia sobre la cara y el cuerpo, retrocedía en el tiempo, hasta la piragua de Tomy que se deslizaba sobre el agua transparente de la laguna, dispuesta a enfrentarse al oleaje del canal hasta el mar abierto y oscuro. Era Bella quien la guiaba a través de los jardines que hay en el fondo del mar, que había visto en otros tiempos cuando nadaba con su padre bordeando el

arrecife, las playas blancas, los bosques de coral amarillo y rojo, y los miles de peces que volaban de una isla a otra.

—¡Espérame, Bella, no puedo seguirte, nada muy deprisa!

Para hablar con Bella, Maureez incluso se inventó un lenguaje que no se parecía en nada ni al francés ni al criollo, un idioma rápido con muchos sonidos con *u* y *a*, muchas *l*, *s* y *w*, pero sin *k* ni *p* ni *j*, porque podrían asustar a Bella, si es como las aves o como los gatos, los sonidos tenían que fluir y resonar, que cantar, que calmar. Para decir «no hables» se dice «*yawalululi*», para decir «ven a verme» se dice «*hilawaluawa*», para decir «adiós, hasta mañana», «*mawawumawa*». A veces, cuando estaba a la orilla del mar en Baie Malgache, se escondía detrás de las rocas grandes y le hablaba a su padre en ese idioma, soplabla esos sonidos al viento para que cruzasen el horizonte y lo buscaran allá donde esté, en su isla lejana, o puede que incluso en África, en el país de los mozambiques.

Pero la realidad alcanzó a Maureez Samson; un día que volvía de la montaña Lola Paten la estaba esperando delante de casa y lo primero que hizo fue darle una bofetada. Gritaba, se le quebraba la voz, y resultaba más ridícula que atemorizante. No paraba de decir:

—*Kot to été?*

«¿Adónde vas, adónde vas?». Agarró un palo, y por la maldad que le brillaba en los ojos no había duda de que tenía intención de usarlo. Maureez se refugió detrás del murete del patio y no contestaba, pero miraba a Lola con los ojos llenos de odio, como si con eso bastase para que Lola no volviera a hacerlo y no se le acercara. Dentro de la casa, Zak estaba de pie en un rincón, y por un instante le entraron ganas de gritarle también a Maureez,

pero debió de leerle en la mirada que ella no iba a dejarse, que contaría lo que le había hecho, cuando la estrechó contra sí metiéndole las manos por debajo de la camiseta e intentó besarla. Maureez notaba el corazón latándole muy fuerte en el pecho y un mareo en los ojos, porque en ese momento se lo jugaba todo, no podría volver a casa nunca más, aunque fuera la casa de su padre y de su madre, y no la de Lola Paten y el Zak ese, sino la casa donde ella había nacido y crecido con Tomy, y que no volvería a ver. Fue el mareo lo que la decidió. Dio media vuelta y echó a andar por el sendero que conduce a la ciudad, y poco a poco los gritos de Lola se iban atenuando y borrando. Cuando miró atrás, en lo alto de la pendiente, ya no vio la casa ni a nadie. Solo un perro que ladraba por algún lugar del campo de cebollas y batatas. Farfulló: «¡Wallalowa!», que significaba: «¡Vete y no vuelvas!».

Los días que siguieron Maureez estuvo viviendo como un animal salvaje en la montaña. Se acomodó en una especie de cueva encima del mar, con algas para hacerse una cama, y tapó la entrada de la cueva con ramas secas, para que no la vieran, pero también para protegerse del viento y de la humedad del mar. Al principio estaba un poco asustada, por los ruidos nocturnos, el crujido de las piedras al enfriarse, el soplo del viento entre los arbustos, los gritos de las aves marinas cuando las despertaban las ratas. Pero hablaba con Bella y el miedo se esfumaba, incluso llegaba a oír la voz de la criatura que le respondía en su lenguaje, que resultaba muy dulce y cantarín, una voz angelical. Para vencer el miedo, empezó a cantar, siguiendo la voz de Bella, solo unos sonidos sin ilación, unos cánticos que acompañaba golpeándose el pecho con la mano, en su propio idioma, con

muchas vocales y murmullos guturales, como *hmmm, hmmm, hooo, huimmm...* Cuando le entraba hambre, Maureez se acercaba sigilosamente a las viviendas, por donde La Ferme. En los campos encontraba batatas y cebollas, y por las casas, mangos y jacas, esperaba a que se hiciera de noche para coger la fruta y las hortalizas. Los perros ladraban cuando se acercaba, pero Maureez conocía las palabras que los amansan y los duermen. Susurraba muy bajito palabras con *shsh*, con *ttt*, y los perros echaban las orejas hacia atrás y se sentaban gimoteando. Ella seguía hablándoles, entraba en la casa y cuando se marchaba siempre les dejaba algo para darles las gracias. Fue cada vez más lejos, por donde la ciudad, para encontrar pan o bollos, se quedaba mucho rato escondida entre la maleza y cuando veía que la cocina se quedaba vacía, caminaba sin apresurarse, como si conociera a los que vivían allí, apartaba la cortina de *gonny*^[7] que cubría la puerta y se metía en la camiseta los pedazos de pan y los bollos. Varias veces estuvieron a punto de pillarla cuando se marchaba, pero aprendió a correr entre la maleza, entre las rocas, nadie podía alcanzarla. Era una vida rara, no tenía tiempo de pararse a pensarlo, pero de vez en cuando volvía a sentir aquel mareo, como el día en que decidió escaparse lejos de Lola y de Zak, de la casa maldita. O bien cuando estaba en su cueva, resguardada detrás de las cortinas de cañas; de repente se reía a carcajadas sin motivo, solo era una risa que la hacía estremecerse y que se le saltasen las lágrimas, ni siquiera sabía por qué, pero qué bien sentaba reírse.

Fue Mahmoody quien se fijó en ella. Estaba en el muelle, vigilando la descarga de los barcos, como todas las mañanas. Vio, oculta en la sombra de la marquesina, una forma que al principio